



## CAPÍTULO XXXII

Juiciosa conducta del novio que se presentó á Pudenciana, y cordura con que ésta y sus padres se manejaron hasta verificarse el casamiento

Entre cuantos aficionados tuvo Pudenciana logró la suerte de ser el preferido un don Modesto, natural de México, hombre noble, de arreglada conducta, bien empleado y verdaderamente bueno.

Este sujeto, por principio de su pretensión, escribió

á Pudenciana una carta que por original conservo en la memoria. Decía así:

«Señorita: Las bellas cualidades que recomiendan el mérito de V. me obligan á amarla. Yo deseara lograrla para mi única y perpetua compañera.—Mis deseos nada importan, si no agrado yo á V. como V. á mí. Para que me conozca y me trate, necesito visitarla, porque mi genio no se acomoda á solicitar su mano parándome en los zahuanes, rondando su calle, valiéndome de criadas ni de otros medios indecorosos á V. y á mí. Por tanto, estoy resuelto á ver á su papá de V., á informarle de quién soy y á descubrirle mis intenciones; mas no daré un paso, antes que V. me diga si tiene vocación de religiosa; si, en caso contrario, está comprometida con otro, ó si es de su gusto ó no el que yo la visite con este fin.—Espero la respuesta de V. entendida de que no me pesará que se la dicte su padre, pues me conformaré con ella, sea cual fuere.—Entretanto, dé V. órdenes á su amante servidor, q. s. p. b.

MODESTO.»

Al instante que Pudenciana recibió esta extraña carta, la puso en manos de su padre, quien no dejó de admirarse de su estilo; pero dijo á Pudenciana:

—¡Hija, si el carácter de este hombre y demás cua-

lidades corresponden á lo que manifiesta su papel, sin duda que es un hombre de bien y digno de ser marido de una mujer virtuosa. En esta carta nada se lee que tenga visos de adulación, mentira ni malicia; la verdad la dictó y la escribió una mano firme y que no la ha dirigido la falsedad, la seducción ni la malicia. ¿Tú no lo conoces?

—Yo no, papá.

—¿Jamás le has visto?

—Jamás.

—Esta es otra nueva circunstancia. Tú no puedes decidirte ni en su favor ni en su contra, supuesto que no lo conoces. Nada te mando en el particular; sobre tu inclinación haz lo que quisieres; dile que venga ó no; pero escríbele, pues una carta política no se debe dejar sin contestación por una niña, en siendo con permiso de sus padres.

Pudenciana, muchacha naturalmente curiosa, obedeció á su padre gustosísima, y contestó la carta en estos términos:

«Muy señor mío: La política de V. exige que le diga que ésta es su casa, y que puede visitar á mi papá, contando ya con su licencia, cuando guste... B. l. m. de V. su atenta servidora,

PUDENCIANA.»

Luego que don Modesto recibió la carta, fué á visitar al coronel, quien lo recibió con agrado, porque ni su figura ni su conversación le parecieren despreciables. El joven le hizo ver quién era, le manifestó los comprobantes de su buen nacimiento, le dijo dónde vivía y como era absolutamente solo; que se ejercitaba en el comercio, y aunque su capital era corto, bastaba para sostener á una niña decente.

A seguida le descubrió su corazón sin rodeos, significándole el amor que tenía á su hija y pidiéndosela para esposa, siempre que ella condescendiera.

Esto lo dijo tan breve y con tanta gracia, que el coronel, no acertando á responderle en su estilo, sólo le dijo:

—Me parece usted hombre de bien; visite mi casa cuando quiera, nos experimentaremos mutuamente, quedando usted asegurado en mi palabra de que si merece á mi hija y ella lo ama, será suya.

Con este pasaporte visitaba don Modesto la casa con frecuencia; á la frecuencia siguió la comunicación, á ésta la amistad y á la amistad el más tierno amor de Modesto y Pudenciana.

Cuando ambos estuvieron satisfechos de su buena y amorosa correspondencia, á un tiempo se declararon con el coronel y doña Matilde; los dos condescendieron con mucho gusto, y se verificó el apetecido enlace, al que

asistieron doña Eufrosina, su marido, Pomposita y otras muchas personas.

Pasados los días de la boda, pensando Modesto que le sería tan sensible á su mujer separarse de sus padres, como á éstos desprenderse de ella, consultó con el coronel si quería que las dos familias vivieran juntas, pues á él, á más de las ventajas económicas que le resultaban, le sería muy lisonjero que Pudencianita estuviese contenta al lado de sus padres como siempre.

Don Rodrigo agradeció mucho el buen afecto de su yerno, y le dijo que siguiera unos cuantos meses; pero que era conveniente que se parara casa, para que su hija practicara, como esposa y cabeza de familia, las lecciones que le había enseñado acerca de esto, y que bien podía conciliarse la separación de las casas con la frecuencia con que debían ó desearían tratarse madre é hija, pues por fortuna, la casa de enfrente estaba desocupada, y si querían podían tomarla, y así vivirían todos juntos y separados.

Modesto se conformó con el parecer de su suegro, y dentro tres días se mudaron, sin que Pudenciana ni su madre extrañaran la separación, por lo inmediatas que estaban.

Se deja entender que los dos nuevos esposos vivían muy contentos, pues no tenían encima suegros, ni cosa alguna que les mortificara.